Revista Chungara, Volumen 3, 1974. Páginas 13 - 21

LOS ABORÍGENES DE ARICA Y EL HOMBRE AMERICANO[1]

Max Uhle

La historia antigua del continente americano ha estado por mucho tiempo muy obscura, y sólo debido a la obra de la ciencia moderna, estas tinieblas principian a esclarecerse.

Cuando salí de Europa —hace de ello 25 años, o sea, el 15 de noviembre de 1892, justamente a los 400 años después de la salida de Colón, en su viaje de descubrimiento—, los antropólogos estaban debatiendo la cuestión de la unidad o multiplicidad de las razas americanas. Una expedición científica había regresado del Brasil con las primeras noticias sobre la estratificación de las antiguas naciones transandinas, y respecto a la costa del Pacífico dominaron todavía las primeras ideas de que los incas habían introducido la civilización en el Perú. Los más escépticos defendían la teoría según la cual, en caso de que hubiera existido una variedad de civilizaciones, el velo que las cubría nunca podría levantarse, porque respecto de las naciones antiguas faltaba la historia, a consecuencia de que no se conocía la escritura.

Hoy día vislumbramos ya el origen del hombre americano, ganamos ideas sobre los principios de su primera cultura, empezamos a entender el desarrollo de sus civilizaciones adelantadas y hay esperanza de que podamos leer un día toda la historia del hombre americano en los restos que dejaron sus antepasados, como un libro abierto.

Me ha tocado la suerte de cooperar durante 20 años en los problemas que atañen al pasado de la costa del Pacífico, y después de estudios hechos en la Argentina, Bolivia y Perú, he completado las observaciones realizadas por otros en el suelo de Chile. Estoy, pues, agradecido a las autoridades de este departamento, donde he hecho mis últimas investigaciones, como asimismo a muchas personas bondadosas de Arica por su complacencia para ayudarme en mis estudios, razón por la cual experimento gran placer al dictaros esta conferencia, en la que voy a exponer mis conocimientos acerca de la historia de todo el continente, con atención mayor a la costa del Pacífico y especialmente a Arica.

* * *

[1]Conferencia leída en el Instituto Comercial de Arica, el 26 de noviembre de 1917.

El hombre americano no es autóctono, no obstante las teorías formuladas hasta los últimos años pasados por el paleontólogo Florencio Ameghino, en la Argentina. Los supuestos restos terciarios del hombre en las capas sedimentarias de las pampas argentinas, no existen. Tampoco se ha confirmado la existencia de otros restos del hombre terciario en el continente, ni puede haberlos, porque en todo el continente no han vivido animales del orden simio, de que el hombre podía haber descendido.

El hombre americano ha inmigrado de uno de los otros continentes. Su tipo ha de indicarnos el lugar y la raza de los cuales ha procedido. Viven ahora dos razas en el continente, una al lado de la otra: los esquimales, de tipo medio mongólico en el extremo norte, y los indios que ocuparon todo el resto. Las dificultades respecto del problema de la unidad de la raza india no se puede desconocer. Presenta ella en todas partes del continente una gran variedad en la forma del cráneo, en el color de su piel, en su fisonomía, posición y tamaño de los ojos, forma de la nariz y anchura de la mandíbula y de los huesos malares. Por eso no se la considera ahora como homogénea. Por otro lado, todos los indios de la generación presente, como los de aquéllas cuyos restos se encuentran en la tierra, se caracterizan en ciertos detalles fundamentales de su tipo que nos indican una unidad de la raza en el sentido más general de la palabra. Si bien es cierto que el color de la piel varía en ellos desde el blanco amarillento obscuro hasta el sólido color chocolate, prevaleciendo el color moreno, se les distingue en la forma del cabello, que es generalmente negro, de espesor medio y recto; en la escasez de la barba y del pelo en el resto del cuerpo; en la calidad inodora de su piel; en el color obscuro de sus ojos, algunas veces con una ligera tendencia a la oblicuidad; tipo de nariz generalmente bien desarrollada, prevaleciendo los huesos malares anchos y prominentes; boca por lo general ancha, un grado mediano general de prognatismo en la parte inferior de la cara, tamaño medio de los dientes, forma de pala de los incisivos medios superiores, pescuezo de un largo moderado, manos y pies de tamaño medio y muchas veces pequeño y detalles muy característicos en la proporción de las extremidades que procuran al indio una posición entre las razas blanca y negra.

De esta manera la raza no parece idéntica a ninguna especial de las razas grandes, como la blanca o la amarilla. Presenta detalles característicos mongoloides en la formación de la cara y en la altura de la cabeza, pero se distingue de la raza mongólica por la menor distancia entre los ojos, mayor anchura y mejor desarrollo de la nariz, y en la pequeñez relativa de las manos. Se parece más a la raza blanca en las proporciones del cuerpo, en el largo del brazo, de las extremidades superiores e inferiores en general, en la altura del ombligo, etc. Además la gran variedad de su tipo en general y muchos detalles de su forma exterior indican un tipo desde hace mucho tiempo estacionario, no uno de desarrollo largo y avanzado como las razas blancas y amarillas, actualmente bien determinadas en el mundo antiguo,

Sumando todo esto, resulta que la raza del indio, como una protomorfa o primitiva, se separó del tronco de las razas amarillas y blancas antes de su diferenciación de las razas modernas. Las razas negras forman otra gran rama de la humanidad, opuesta al tronco de las razas amarillas y blancas, y descendieron de él, como una de las razas más primitivas y protomorfas, los australianos. Una segunda raza protomorfa, separada del tronco de las razas amarillas y blancas, son los polinesios, muy parecidos a los indios americanos. Las razas protomorfas se encuentran generalmente en las regiones periféricas de la gran cuna de las naciones modernas, constituida por Europa y el centro de Asia, y por eso se han conservado con su tipo original los australianos, en el continente de Australia; los polinesios, en las islas de Oceanía; y los indios, en el continente americano. Son protomongoles los indios por su descendencia del tronco no ramificado de las razas amarillas y blancas, y los esquimales derivados del tronco de las razas mongólicas solas, después de su separación de todas las razas blancas, son paleomongoles. Este es el origen de la raza americana, según la teoría de Stratz y de los mejores antropólogos que le acompañan en ese respecto.

Entrando en el continente, los indios habrán tomado el camino por el extremo noroeste, donde existe ahora el estrecho de Bering, y donde hubo hasta el período del diluvio un puente terrestre. Más tarde habrán entrado los esquimales, y una parte de los indios reemigró al continente de Asia, donde forman ahora la raza hiperbórea, en el extremo noroeste.

Mucho se ha debatido la cuestión del tiempo en el cual el continente principió a poblarse. No podemos deducir nada respecto de la antigüedad de la raza que puede haber permanecido por mucho tiempo en Asia, antes de ocupar el continente vecino. La ciencia norteamericana defiende la teoría de que el hombre hizo su entrada en el continente en un tiempo relativamente moderno, en un período en el cual se conocía ya en Europa la piedra pulida, y que los primeros americanos mismos la conocían cuando entraron. Encuentran para esas teorías un apoyo en la modernidad relativa de los restos que, como más antiguos, hasta ahora, se han descubierto en el suelo americano, como también en la distribución presente del uso de la piedra pulida, que abarca casi todo el continente.

Los restos más antiguos conocidos del hombre, en América, consisten en un cráneo encontrado en el loess del Estado de Ohio, y en un fémur sacado de capas sedimentarias del río de Trenton, en el Estado de New Jersey; los dos de una antigüedad calculada de 8.000 años, es decir, de la época en que en Europa y Asia las condiciones étnicas presentaban, en todo, el aspecto moderno. La conclusión de que estos restos pertenezcan al tiempo de la primera inmigración del hombre en el continente, es absolutamente incompatible con la variedad de naciones, tribus, lenguas y civilizaciones observadas en todas partes. Por eso debe de haber restos más antiguos, desconocidos y escondidos en el suelo, tan poco explorado todavía. En el período diluvial, entraron en América los mamíferos grandes, como los mastodontes, mamuts, bisontes y otros, utilizando el puente terrestre transitable hasta aquel tiempo, y falta la razón para suponer que el hombre que los perseguía en el mundo antiguo, no hubiera entrado junto con ellos.

La entrada del hombre en ese remoto período, encuentra ahora un apoyo muy importante en los restos de las industrias más antiguas ejercidas por el hombre americano. Hay restos de las industrias paleolíticas o de la piedra tallada en todas las partes del continente, que se parecen a los productos del hombre europeo del fin del período cuaternario y de una parte del postglacial. Tengo aquí algunas hachas de mano, de sílice negro, varios raspadores altos, y fotografías de algunos puñales bien labrados y del mismo material, sacados de las ínfimas capas de un conchal que se encuentra en esta costa, a una legua al norte de Taltal. Su identidad típica con los productos de la industria paleolítica europea más antigua, conocida con el nombre de la industria chelense, es innegable. En Europa el hombre producía tales instrumentos en uno de los períodos interglaciales, más o menos cien mil años antes de nuestra era. Es natural que el hombre que trabajaba esta clase de instrumentos estuviera sumido todavía, por su carácter, en el período más primitivo, aunque principiaba a producir también algunos instrumentos de tipo más adelantado, como puntas de flecha y otros. El debe de haber entrado en el continente con el conocimiento de esta industria, y sin conocer otras de carácter más adelantado. Se debe a la situación apartada de la región donde esa clase de instrumentos fueron encontrados, la conservación de esta industria inalterada por millares de años, hasta la fundación del conchal, en el cual se hallaron.

Resulta, pues, porque tal industria no puede haberse conservado inalterada en el mundo antiguo infinitamente, que el hombre debe de haber salido temprano de Asia y con el conocimiento de esta industria, y probablemente en ningún caso, en un período posterior al diluviano.

Los dos continentes del mundo nuevo, Australia y América, periféricos en relación al mundo antiguo y ocupados por razas protomorfas, ofrecen una diferencia en el grado de la unidad de sus razas y de sus civilizaciones: Australia nos muestra una sola raza y un solo nivel de cultura; América una variedad calidoscópica de tipos y de civilizaciones. América presenta en la variedad de sus poblacio-

nes hasta cierto grado el carácter del mundo antiguo, y casi todos los tipos de civilizaciones, con excepción de los últimos y de la edad del fierro, alcanzan a estar representados también en el continente americano. Esto se debe a que estaba preparado el continente para recibir inmigraciones durante un largo período, en el cual tipos y civilizaciones de diferente grado de desarrollo podían entrar, cualidad que faltaba al australiano.

Por otro lado, los dos mostraban el mismo carácter estacionario.

En gran parte, los tipos se acumulaban en el continente americano, pero no evolucionaban. De esa circunstancia resulta el curioso estado de las civilizaciones americanas en que coexistía elementos de la graduación más diferente, instrumentos de tipo paleolítico con otros neolíticos; instrumentos paleolíticos y neolíticos con otros de bronce; armas de tipo paleolítico con alfarerías finas, tejidos, tapices; y antropofagia, sacrificios humanos y adoración de momias con nociones de una religión elevada. Hubo mayor adelanto en el norte, por donde entraron las influencias del exterior; y en cambio, un salvajismo completo en el extremo sur, al que casi no alcanzaron las influencias exteriores. Como no llegó a América la industria del fierro, también falta en toda su extensión el conocimiento de la rueda como motor de carga, porque no hubo ningún pueblo extranjero que lo introdujera.

Estando en 1896 en el santuario de Pachacamac, cerca de Lima, notando la variedad de los objetos que salían en mis excavaciones, me puse a indagar la razón, encontrándola en el diferente grado y carácter de su estratificación.

Hubo cuatro tipos estratificados, con uno basal, que correspondía al estilo de los monumentos de Tiahuanaco, y con uno más superficial, cuyas especies se parecían a las alfarerías conocidas del Cuzco.

Así, pues, había yo encontrado cuatro tipos de civilización diferentes, estratificados en el suelo y que se había sucedido uno a otro en la misma región. Con este conocimiento me trasladé a Trujillo en el norte, después al Valle de Ica, y posteriormente a muchos otros de norte a sur, encontrando en todas partes el mismo orden de sucesión, formado en parte, por las mismas civilizaciones, y en parte parcialmente por otras. De esta manera pude establecer el orden y el sistema de las civilizaciones peruanas desarrolladas una de otra, y que es el siguiente:

Al principio se encuentra la civilización, hasta entonces desconocida, que por la abundancia extraordinaria de sus restos en los algarrobales de Nazca, fue designado con el nombre de Protonazca. Sus restos se encuentran desde Supe hasta Ancash, en el sur, formando sus monumentos más resaltantes, un templo subterráneo en Chavín, al este de Ancash, con algunas esculturas, una de las cuales se conserva ahora en el Museo de Lima.

No obstante la excelente calidad de su alfarería, tejidos y obras de escultura, esta civilización no tuvo ningún predecesor en el suelo peruano, razón por la cual derivó su origen del norte, donde se encuentran, en civilizaciones centroamericanas, numerosas relaciones estilísticas que apoyan estas conclusiones.

La segunda civilización (que corresponde a la primera de la región entre Samanco y Trujillo y por eso denominada Protochimú), descendió de la anterior y está caracterizada por una variedad de hermosos vasos figurativos que son muy apreciados por los coleccionistas.

El tercer lugar corresponde a la civilización de Tiahuanaco, derivada de la de Protonazca, y sus obras reflejan todas, el estilo de los conocidos monumentos del antiguo pueblo boliviano de este nombre. Los restos de este período diseminados por toda la región comprendida entre el interior del Ecuador, el salar de Atacama y el interior de la Argentina, ponen de manifiesto cuán vasta fue la influencia ejercida por esa civilización en el Perú y en los países vecinos, y hacen comprender que en todo ese enorme sector se derivaron de ella muchas civilizaciones regionales, cuyo conjunto marca el cuarto período de las civilizaciones peruanas. De estas culturas regionales fue una la de los chimús, en la costa del norte; otra la de los chinchas, entre Ica, Tacna y el río Apurimac, y otra la atacameño-diaguiteña que se extendió desde

Tacna hasta la provincia de Catamarca en la Argentina.

La civilización de los incas, basada en parte en elementos de carácter chincha, dio el quinto período, que fue más corto, porque duró solamente desde la época del sometimiento a su régimen de toda la región andina entre la frontera de Colombia en el norte y Mendoza y el río Maule en el sur, hasta la agresión y dominio de Francisco Pizarro y de los héroes que le acompañaron y siguieron.

En conexión con el desarrollo de las civilizaciones peruanas se me presentaron otros dos problemas interesantes y que me propuse dilucidar: eran éstos la cronología de las civilizaciones mismas y las condiciones del Perú antes del principio de sus civilizaciones. Porque era claro que la determinación de la forma de su desarrollo era de valor restringido, si no se averiguaba también la del tiempo que el desarrollo mismo había necesitado y que el relativo carácter moderno atribuido a las civilizaciones en el Perú exigía para su confirmación conocer las condiciones de la vida propia que presentaba el Perú antes de la importación de las civilizaciones exteriores.

Las civilizaciones centroamericanas de Guatemala, Honduras y Yucatán, se levantaron estimuladas, probablemente, por influencias asiáticas recibidas por mar, cerca de la mitad del primer milenio antes de nuestra era. Aquellas civilizaciones idearon temprano un calendario, curioso, pero a su manera, perfecto, cuyas fechas marcadas por signos de escritura, se encuentran en muchas de sus obras y permiten conocer la época de su desarrollo. Dos de ellas, una estatua y una planchita grabada de jadeíta, se confeccionaron, según esas marcas, en los años 100 y 60 antes de nuestra era. Suponiendo que estas civilizaciones hubieran necesitado de algún tiempo más o menos largo para extender sus influencias en el continente sudamericano, no es aventurado suponer que llegaron al Perú y que se propagaron hacia el sur en los primeros siglos de nuestra era, ya que las influencias de la primera de las civilizaciones peruanas, la de Protonazca, alcanzaron también hasta la Argentina. Esta hipótesis está de acuerdo con las conclusiones que se pueden derivar de las civilizaciones del mundo antiguo en cuanto a la duración de las peruanas. Doce manifestaciones de cultura de caracteres semejantes en la región mediterránea de Europa alcanzaron, por término medio, una vida de 500 años, como puede apreciarse en el siguiente cuadro:

Creta	*a. C.*
Período minoico I, dos partes	3.000 - 2.000
Período minoico II	2.000 - 1.600
Período minoico III	1.600 - 1.250
Grecia	
Período de bronce I	2.500 - 1.700
Período de bronce II	1.770 - 1.250
Período transitorio	1.250 - 1.000
Período helénico I	1.000 - 500
Europa Central	
Período de bronce I	2.000 - 1.500
Período de bronce II	1.500 - 1.000
Período de Hallstadt	1.000 - 500
Período de La Tene	500 - a. C.
Hasta	200 - d. C.

Aplicando esta misma medida a las civilizaciones peruanas, resulta que las civilizaciones Protanazca y Protochimú juntas deben de haber durado, más o menos, desde el año 200 al 700 de nuestra era; la de Tiahuanaco, del 500 al 1.000; las civilizaciones regionales del 1.000 al 1.400; y el período de los Incas, interrumpido por la destrucción del Imperio, del año 1.300 al 1.500.

Esta cronología, aunque no pretenda tener más que un valor relativo, nos suministrará, al menos, una idea general y aproximada acerca de la posible duración de cada una de las civilizaciones antiguas de esta costa.

El estudio de algunos cementerios de pescadores en la costa del Perú confirmó mi opinión sobre el carácter heterogéneo de las condiciones de su cultura antes de la llegada de las civilizaciones. Había, además, varias otras demostraciones evidentes de la influencia primordial de las naciones trasandinas en esta costa, como por ejemplo, la semejanza de varios instrumentos y costumbres muy antiguos, la influencia de lenguas del Este, la similitud de algunos nombres geográficos, que, como los que terminan en co: Tiahuanaco, Taraco, Ticaco, etc., tienen la palabra co

(agua), usada todavía en lenguas aborígenes del Brasil y a la vez en el araucano de Chile: Curicó (agua negra), Temuco, Collipulli, etc.

Pero la última y más conclusiva confirmación del estado primitivo en que se habían encontrado los indios de esta costa hasta el período de las civilizaciones venidas del exterior, data desde mis excavaciones en el Morro de Arica y en la pampa de Chinchorro, donde su forma de vivir se mostró tan completa y tan bien conservada como la civilización peruana en uno de los cementerios posteriores.

Los restos de estos aborígenes presentan tres aspectos diferentes en cuanto a su tipo antropológico, en cuanto a su forma de vivir y en cuanto a sus momificaciones.

En los tres aspectos ofrecen un carácter sumamente primitivo.

Cierto adelanto se manifiesta en la costumbre de deformar el cráneo de los recién nacidos, que aparece en la mayoría de ellos. La deformación era frontal y occipital a la vez, sin duda ejecutada con una cinta circular y otra transversal, como la he visto en el cráneo de una criatura en el valle de Ica, en una sepultura que pertenecía al período de Protonazca.

Sólo esta deformación craneana tiene similitud con las manifestaciones de las tribus de cultura algo más adelantadas de Sudamérica, que suelen modificar la forma de la cabeza por tales procedimientos.

Por lo demás, el tipo de los aborígenes hallados presenta muchos caracteres de primitividad natural. La estatura de los individuos varía entre 132 y 160 cm. habiendo algunos que alcanzan de 170 a 175 cm., de manera que hay poca seguridad de que hayan pertenecido al tipo uro, que en la sierra es siempre pequeño, débil y poco robusto.

Caracteres de tipo primitivo extraordinariamente marcados se presentan en la forma de la boca cuyo arco alveolar es frecuentemente de una estrechez que sorprende. Entre australianos se encuentran arcos igualmente estrechos. Los dientes en la mayoría de los cráneos presentan declive hacia el lado exterior, debido al desgaste; son siempre muy sanos, pudiendo observar que en más de cien individuos no se presentaba ningún caso de carie. Pero los raigones de los molares superiores e inferiores muestran frecuentemente la particularidad de ser unidos, como en los cráneos neandertalenses de Krapina, donde se repite con frecuencia lo mismo.

Parece, además, que los raigones fueron muchas veces reabsorbidos por la sustancia ósea, lo que representa igualmente un rasgo primitivo.

El esqueleto es robusto en muchos individuos, con vértebras anchas y gruesas, y un espesor de un centímetro y más en los huesos del cráneo.

Una particularidad primitiva frecuente en los esqueletos americanos, es la platicnemia, canillas tan delgadas de frente y con tanta anchura hacia atrás como el aspecto de los sables. Esta particularidad pude observarla en forma verdaderamente exagerada en los aborígenes del Morro. Además se puede considerar, a mi parecer, como seña de primitividad poco común, la arqueadura visible y manifiesta en numerosos fémures y canillas. La curvadura de los fémures y tibias tiene relación con el modo de andar, ya sea en posición perfectamente derecha, o encorvada, al estilo de los grandes simios. Esta misma particularidad se presenta en los esqueletos de los neandertalenses, cuya posición era tal vez semejante a la de los aborígenes de Arica.

Toda su manera de vivir tenía el tipo del hombre primitivo. No conocían la fabricación de tejidos como los peruanos. Se vestían a la usanza de varias tribus trasandinas, ataviándose con delantales y taparrabos hechos de fibra, que acá se reemplazaban con totora; los delantales de las mujeres son más anchos y gruesos que los de los hombres, que se presentan más delgados y angostos. Algunos hombres no usaban delantales; les bastaba con taparse el sexo con una bolsita de cuero. Se encontró una de éstas como único atavío de vestuario en un individuo cuyo cuerpo estaba pintado de rojo. Se abrigaban con pieles de lobos y vicuñas y con mantas no cosidas, sino encoladas de muchas pieles de alcatraces. Se asemejan en cuanto a esta vestidura a los patagones del sur. No usaban peines como los indios peruanos y del este, sino brochas confeccionadas de ramitas, o sea, una de tipo peine americano de lo más primitivo, y que era usado también por los indios de México, por los

araucanos y los patagones. El uso de estas brochas nos sirve como prueba de que su forma de vivir fue muy poco influenciada por los adelantos de la civilización del este. Conservaron estos indios sus primitivas costumbres quien sabe por cuantos millares de años, debido a su situación periférica y apartada de influencias de cualquier clase.

Sus instrumentos para golpear, picar, cortar, etc. eran piedras talladas en diferentes formas, pero ninguna de ellas aparece pulida. Encontré en el Chinchorro una hacha amigdaloide de mano, algo parecida por su tipo a las hachas de sílice de Taltal, de las cuales se había derivado su forma. En la mano derecha de muchas momias se encuentran piedras triangulares, también talladas, que servían a los indios como cuchillos; probablemente el uso general dado a estas piedras era el que nosotros damos a los cuchillos de acero. En el uso de tales instrumentos primitivos de piedra se manifiesta un gran atraso de cultura. Los recuerdos de la primera industria paleolítica europea no habían desaparecido, por lo tanto, entre ellos.

No usaban ollas de greda, cocinaban probablemente en canastos, de los cuales he encontrado algunos que aparecen embreados por sus dos lados. Esto los hacía suficientemente resistentes al fuego. Además tenían algunas calabazas para sus usos culinarios.

Poseían como la mayoría de los hombres primitivos muchas variedades de esteras. Con pedazos de esteras imitaban las bolsas tejidas de los peruanos. Por lo general transportaban sus pocos enseres, al ir a pescar o cazar, en bolsas de tejidos de red; éstas eran de tipo tan extremadamente pequeño como las usadas entre las tribus cuya cultura estaba en un nivel primitivo.

Sus ocupaciones principales eran la pesca y la caza. No conocían la agricultura, ni se mantenían por lo general con sus productos. Arrancaban los mariscos de las rocas por medio de chuzos formados de costillas. Pescaban con flechas (tiraderas largas que eran confeccionadas con un junco de 170 cm. armado con punta de piedra) y con arpones y anzuelos.

Estos últimos se presentan en dos formas: en una de ellas aparecen hechos de espinas de quisco curvadas, que sumergían mediante una piedra oval que servía de peso y en el otro extremo, de contextura grande, aparecen compuestos de una piedra oblonga y de un gancho de hueso. Arrastrado por el agua, este gancho aparentaba la figura de un pez pequeño, que atraía a los peces más grandes, los que tragándolo, quedaban presos. Esta clase de pesca bastante inteligente, se usó más tarde en el Perú y aún parece usarse todavía en la Polinesia.

El ejemplar de un bote modelo de totora que posee el señor Capellán Castrense de Arica, parece pertenecer a esta misma época. Con su vela se semeja a las embarcaciones usadas por los uros del río Desaguadero.

Pero no es probable que se hayan arriesgado a navegar en esas embarcaciones mar afuera.

Conocían como arma el arco, introducido del este. Pero su arma propia y favorita parece haber sido la estólica. Esta arma primitiva se compone de un palo del largo del antebrazo con un gancho en la extremidad posterior y una asa de cuero en la parte delantera. Para su uso se afianza la tiradera o flecha con su punta extrema en el gancho final; se pasa un dedo por la asa de cuero para afirmar el instrumento en la mano, y con un movimiento brusco, como el de lanzar una piedra se suelta la flecha. El instrumento no es, pues, más que una verdadera prolongación del brazo, y como tal funciona. Este aparato en su forma más primitiva, o sea, compuesto por una caña abierta, se usa aún por los australianos. En la forma de un palo se usaba también en el último período paleolítico europeo, el magdaleniense. En América el uso de este instrumento era general. Su forma más primitiva, caracterizada por el asa de cuero, aparece aquí en Arica y en Pisagua; además se empleó también por los indios de una parte de México. Pero las estólicas del este representan un tipo más desarrollado, con un agujero labrado en el palo mismo; de este adelanto no participaron, como se ve, estos primitivos indios de que nos ocupamos.

Se presenta una vez más el mismo carácter original de cultura, conservado por su situación periférica y apartada del este.

Los indios regionales contaban entre sus ritos las danzas religiosas. Al ejecutarlas se

acompañaban de la flauta. Una sonaja (especie de cascabel) amarrada en el tobillo de una momia, que encontré conjuntamente con las substancias de color que usaban para pintarse el cuerpo, lo cual es frecuente hallazgo en las sepulturas, habría servido con el mismo objeto. Usaban sonajas para el encantamiento, como lo han hecho muchas tribus del este.

Un talismán encontrado por mí y que está hecho de tres chinas envueltas en tripa, encima de tres piedras, entre las cuales estaba metida la pata de un alcatraz, sirvió evidentemente para atraer buena suerte en la caza de aves marinas.

Temían a las almas de los muertos, y ello es evidente ante el hecho de no haberse encontrado hasta hoy un arma entera en ninguna de las sepulturas; siempre las armas encontradas estaban rotas en muchos pedazos y en forma manifiesta de haber sido quebrada en el momento de hacerse la sepultación.

Por todo esto se comprende que se ha conservado en este rincón la cultura americana primitiva. Progresaron los indios en el este, mientras los pescadores de esta costa conservaron su primer estado primitivo; este hecho histórico es de valioso interés para nosotros, pues nos ha permitido conocer y estudiar las costumbres del aborigen americano en su primitivo estado, ya que parece haber desaparecido esta condición en todas las otras partes del continente.

Pero a la vez que con la cultura más adelantada del este, la de estos indios estaba en oposición con el nivel de las civilizaciones peruanas.

Cuando se hicieron estas sepulturas encontradas en el Morro, las civilizaciones peruanas aparecían ya en el horizonte.

De éstas adoptaron los aborígenes de Arica el uso de la deformación de la cabeza y el uso de la lana de vicuñas para la confección de cordones. Además, imitaban ya los tejidos en géneros hechos a manera de estera o a manera de red. En una sepultura del Chinchorro encontré una provisión de semilla de quinoa, que por ser producto de la agricultura serrana, demuestra su importación del Perú y en otra del Morro, un pequeño almirez de piedra, probablemente recibido en canje. También el tipo de sus momificaciones deja conocer la influencia de las civilizaciones peruanas.

La forma de las momias mismas no es parecida, pero lo es en cuanto se refiere a algunos procedimientos fundamentales en la momificación, los cuales se han repetido o copiado idénticos. Por lo demás, las momias y muchos detalles de su preparación, reflejan el salvajismo en que estaban todavía sumidos estos aborígenes.

Las costumbres mortuorias se nos presentan bajo tres puntos de vista interesantes; son ellos: los usos seguidos inmediatamente después de la muerte, el proceso de las momificaciones y el de las sepultaciones.

Es evidente que guardaban a los muertos por algún tiempo cerca de sus habitaciones, antes de sepultarlos. Hay muchas huellas de la putrefacción, principiada cuando todavía los deudos no se resolvían a la sepultación. Hemos encontrado piernas y brazos envueltos con hilos, lo que parece haber tenido que hacer algo con la descomposición principiada; sin duda, con esas amarras impedían que la carne, cuya putrefacción comenzaba, se desprendiera de su armazón ósea.

Numerosos cadáveres, especialmente de niños, muestran lesiones postmortales, que son verdaderamente curiosas, como el reemplazo de la cabeza por otra postiza, rotura de la cabeza con el remiendo consiguiente; brazos o piernas de paja reemplazando a los genuinos; compostura de articulaciones de las extremidades y extremidades momificadas y sueltas al lado de los cadáveres incompletos. La única manera de explicarnos tales lesiones y composturas postmortales se nos presenta en la aceptación de que, entre las usanzas indígenas, se contaba la costumbre observada en muchas tribus existentes de llevar los deudos los cadáveres consigo a sus ocupaciones; este acarreo debía producir tales deterioros en los cadáveres.

No todos estos eran momificados artifialmente y con algún esmero. Buena porción de ellos se nos presentan bajo el aspecto de simples cadáveres secos, escasamente vestidos y envueltos en esteras. A otros se ha aplicado una momificación parcial, untándola con ba-

rro y rellenándolos con paja o cualquier otra substancia.

Prevalecen dos tipos de momificaciones: uno con restitución de la envoltura corporal exterior al mismo aspecto que tenía en vida, y otro en el cual se borraba esta apariencia por medio de un revestimiento de toda la superficie del cuerpo con una capa de barro que lo protegía contra las influencias exteriores que causaban la putrefacción.

Para ejecutar la primera clase de momificación, abrían el pecho del muerto, en forma de cruz, destripaban el cadáver, y después de haber secado su interior por medio del fuego (quemando o perdiéndose incidentalmente en este proceso algunas vértebras, costillas u otros huesos), afianzaban el esqueleto por medio de fajas con que envolvían la espina dorsal, o por medio de palitos introducidos en cualquier parte del cuerpo, según las necesidades, y después de haberlo rellenado con lana, paja, pelo humano, pedazos de pieles, etc. lo cosían. A veces se sacaban los sesos del cráneo quebrando el occipucio o la frente, o también por el orificio natural del foramen magnun, y reemplazaban la masa encefálica con lana u otras substancias, como lo hacían con los intestinos. Rellenaban el cuerpo con paja para abultarlo y le pintaban la cara o le superponían otra de barro pintado, completando a veces la cabeza con una peluca.

Algunos fetos que habían sido extirpados de momias femeninas, han sido también momificados de la misma manera que lo eran los niños o los adultos.

Revestido el cadáver, según la segunda forma de momificación, de una capa de barro de un centímetro de espesor, el muerto, que estaba generalmente en posición recostada, parecía petrificado en posición de dormir. Es este el procedimiento más curioso de momificar que se ha visto en el mundo.

Todos los cadáveres y momias de estos aborígenes están en las sepulturas en posición tendida o, lo que es más raro, recostada. Es ésta la misma forma de sepultación del hombre primitivo, usada también en el período cuaternario. A este tipo primitivo de sepultación se aplicaron aquí los procedimientos peruanos de destripar y secar artificialmente el cadáver

Se inhumaron los cadáveres y momias en la arena natural, a una profundidad que varía entre 40 y 150 centímetros. La poca profundidad, en que se encuentran muchos cadáveres y su distribución en numerosos cementerios pequeños, que quizás eran de familias, de grupos o de clanes, forman también distintivos que corroboran las costumbres tan primitivas y tan palpables en todos los detalles que tenían estos aborígenes.

Como conclusiones de todo lo que hemos expuesto, podemos decir que los aborígenes de Arica representan una tribu que ha perseverado en sus primitivos caracteres originales, no participando de los desarrollos de las tribus del este, a causa de la situación de aislamiento geográfico en que se encontraban; y que conservaron este estado de suma primitividad hasta que, sorprendidos por la aproximación de las civilizaciones peruanas, sus costumbres se mezclaron brusca y repentinamente, sin mediación previa alguna, con las de los invasores del norte, que tenían una civilización mucho más adelantada.

Su ornamentación, de uso escaso, es siempre de carácter sencillo y absolutamente primitivo. La civilización de origen posterior, que se desarrolló en el puerto vecino de Pisagua, aprovechó, para la decoración de sus tejidos y canastos, los modelos que les ofrecían las ornamentaciones de la piedra de Chavín, que fue el primer monumento de las civilizaciones peruanas. Como faltan tales influencias artísticas en las sepulturas de los aborígenes de Arica, resulta que su origen debe datar de un tiempo anterior; y aceptando la cronología propuesta de las civilizaciones peruanas, resulta que esos aborígenes deben de haber vivido en los primeros siglos de nuestra era, o sea en época contemporánea a la de los primeros tiempos en que comenzaron a desarrollarse las civilizaciones peruanas.